

JUAN DE ECHEVARRIA

En medio de esta buena tradición pictórica de los vascos aparece a principios de siglo Juan de Echevarria con unos meros cuadros de gran proporción y un poco bituminosos que pocos recordaran , pero que yo en la entreguerra del 14 vi en Bilbao en el mismo Salón en que di una de mis primeras conferencias.

En esa época conozco a Echevarria y se me queda grabado para siempre, pues nunca hara nada que desdibuje su noble perfil y su altiva figura. Ya entonces aparece con su nunca perdido rictus de sonriente amargura, espigado, señero, como yendo con cierta urgencia a todos lados menos a uno en que esperase una medalla.

A través del tiempo, de viajes y de vueltas de viaje, Echevarria sin tener en cuenta la España lenta enmarañada y dificultosa, no perdía su entereza, su prestancia y su ideal. Con su apellido, que era equivalente en lo humano al nombre entre fluvial y marítimo de la ria bilbaína, llevaba como un dolor de costado la leyenda de su riqueza férrea- ¿cáncer ferraureo?- ; pero se empeñó y consiguió salvarse a eso, superarse, ser la flor del hierro.

El vasco, que no por ser rico deja de estar pleno de inquietudes espirituales, respondió en él al desinterés del Arte, a su inacabable martirio, olvidando su título de ingeniero y la holgura de su posición en su maliciosa ciudad natal. Más allá del negro hierro había ventanas de fábrica que daban al delicado color de la vida. Echevarria vivía asomado a ella , y tenía la timidez del que sabe que aun donando todo su dinero no podría nada contra la miseria del mundo.

De su meditación silente y plena comienzan a surgir esos perfectos cuadros que más que naturalezas muertas habría que llamar rincones vivos, íntima y pictóricamente conseguidos los consoladores ángulos- lo único consolador de aquel tiempo- del horizonte de la mesa en el cuarto de lectura y espera.

Eran impresionantes composiciones en cuyos éxtasis se escondía todo el problema intelectual y contemplativo del momento, la nostalgia alegre de España en el París triste, la melancolía mezclada a buen regusto del seguir viviendo en usufructo y despedida de las cosas más amables.

En esos rincones de objetos, flores y libros estaba él abstraído, en reposo, acodado horas y horas pensando en el secreto del arte y de la vida, sin apremios económicos , dedicado a la especulación pura desde su alquimia de pintor.

No olvidaré la sensación de agradecimiento que nos producían sus cuadros como si fuesen regalos altruistas, confesonarios benévolos, finales de viaje. Le esperábamos con avidez y nos solazábamos con aquellos vértices pictóricos, que si no estaban pintados con la paleta de Ingres lo estaban con el violín de Ingres, como si tocase la pulmonía de Paris en la paleta de su

violín secreto, entre aquellos libros amarillos que eran representativos del entonces.

Pinta paisajes admirables, llenos de comprensión, como de su propio nido en los árboles; pinta gitanas evitando el efectismo faralaesco de otros pintores y gitanas en que retenía el garabato de la extraña raza, otras gitanas que las gitanas de nadie, gitanas verdaderamente agitanadas.

Ha pasado ya muchos años de consagración al pintor y se ve que el pintor puede hacer lo que quiere y retener la mira en vibración de supervivencia como aquel otro viajero de la variedad de España que se llama Regoyos.

Pero Echevarria va pasando puentes y puentes para llegar a una cosa todavía más firme que todas las cosas que ha pintado, como si hubiese ido entrenándose en la sicología de las cosas, los paisajes y los seres crudos de la vida costumbrista para llegar a la fina sicología del retrato de los más escogidos seres humanos. Esa visita que iba a hacer y en cuya ruta le veíamos al pasar, era la visita a los seres de excepción que iba a retratar y que había escuchado en su larga tertulia de disquisiciones.

Con su cosa de gran señor burlón que atinaba a ver lo maniático de cada tipo y lo que había debajo de la exageración de cada escritor, plantó su caballete frente al sedentarismo de los escritores. Su sofoco para encontrar el anhelo de ellos por ser inmortales le hizo superarse, dejándolos vivos, como es función de su paradojismo, de sus contradicciones, de su tertulia polemista. Su fina comprensión estaba como un retrato de él en el retrato de sus amigos.

Sus retratados con categoría espiritual se asoman del revés en sus cuadros, es decir, se asoman a la cueva de su alma, iluminándose con su luz interior y, sin embargo, envueltos con gran fuerza en su naturalidad exterior. Son el producto de encontrarles y volverles a encontrar, comentando libros, circunstancias y quimeras, reteniendo sobre todo la impresión que le dieron desde lejos como símbolos de España.

Sabían quienes eran hasta la saciedad, los había leído a través de los años; pero siempre le había detenido el empaque de su fisonomía, la puerta labrada de su personalidad, y ese obstáculo, esa irradiación trasparente por un lado y opaca por otro, es lo que le emulo y le estimuló más, adiestrando sus pinceles hasta sonsacarles la incógnita con su captación de genio pictórico.

El psicologismo de las cosas que había interpretado en sus rincones íntimos, la profundidad de sus paisajes, hasta la gitanería lograda, todo le sirvió para dominar sus retratos de indeleble carácter y fijeza. Parco en palabras y burlón, era, sobre todo, compasivo, y en estos retratos hay una admirativa compasión que les da mayor hondura.

En el retrato de Salaverría- el confundidor de su apellido en muchos distraídos- hay un retruque secreto vasco a vasco. Logró el retrato máximo

de aquel escritor de alma seria y atónita, echando fuera al mismo tiempo la transferencia del Salaverría al Echevarría. El donostiarra enfrentándose con el guipuzcoano queda balconada con vida y señorío.

Quiso que sus retratos fuesen como lienzos de Verónica que refrescasen a los escritores de sus cavilaciones, de su penosa exploración del estilo y de la idea en que les veía afanados. Por eso, aparecen en sus retratos unas huellas que están en relación con sus escrituras- como el dibujo de la letra queda en el secante- una intensidad que iluminará sus figuras a lo largo de la posteridad, algo así como el estar despelujado después del insomnio y del delirio, en un gesto imperante, con los ojos irritados por el deseo de capturar el deseo.

La mudez de Azorín fue recogida por Echevarría con paleta de tempestad, dejando al gran escritor siluetado sobre el apeñuscamiento de Castilla en el horizonte. El pasmado Azorín cuyo profundor se les ha escapado a muchos escritores, consigue en Echevarría su extática longititud, su largura del mirar que alcanza siglos y sobrevuela panoramas. Valle-Inclán - el no sedente- el menos sedentario de todos, revuela en el viento de América sobre montañas de España y su poncho viajero le da el uniforme de explorador y aventurero que le gustaba ser.

Con algo de un Solana elegante, Echevarría tiene el pulso sereno y enrostra sus retratos como si viese, oyese y sintiese el intelecto de sus retratados y su ávida angustia.

Cumplió el deseo que tiene el puro español de tener un buen retrato como un puente entre la mortalidad y la inmortalidad, llegando a veces a ser tan insistente como aquel vasco que perseguía a Regoyos queriendo que le retratase. La altivez del español de categoría calla quizá ese deseo, pero está tan inmanente en él, que obra sobre el pintor y de algún modo misterioso le obliga, le fataliza, y por eso se puede llegar a pensar que los caballeros del Greco - silenciosos, magnetizantes y dando vuelta a su alrededor- le obligaron a pintarles y así otros grandes pintores, y así a Goya con rogativa de almas del purgatorio, apelando a su amistad y a su generosidad para que les echase una mano y les salvase. El español sospecha que la mejor señal de que vamos a poder ser inmortales es que exista la posibilidad de retratarse.

Echevarría, insinuado por sus contemporáneos, mirado como un mediador entre su deseo de gloria y su consumición, acabó por poner al servicio de esa amistad de amistades que es el retratar al amigo, toda su sabiduría de pintor, de adivinante y de artista que busca, dejándose la vida entre paleta y lienzo, el arabesco de la autenticidad del parecido y del misterio del color.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA- Retratos Completos, Ed. Aguilar, Madrid 1961, pag. 1094.

